

## BANDERAS Y VELOS TURCOS

A la opinión mayoritaria, tanto europea como estadounidense, le complace considerar que Turquía es un ejemplo de democracia para el mundo islámico y que el partido en el gobierno, el AKP (Partido de la Justicia y el Desarrollo), es la principal «fuerza democratizadora» del país. Esto encaja con el proyecto de factura americana de un «islam moderado» que, tras el 11 de septiembre, se celebró como la cura del radicalismo en las sociedades musulmanas. Recep Tayyip Erdoğan, del AKP, era la respuesta a Hamas o a Hezbollah en Oriente Próximo, de la misma forma que, en Malasia, Anwar Ibrahim era el modelo para el Sudeste asiático. Como dijo el ex vicesecretario de Estado Richard Holbrooke, «sólo hay dos democracias islámicas moderadas en el mundo: Turquía y Malasia». Ibrahim, calificado como «asiático de oro» por la revista *Newsweek*, era un amigo fiel de la elite corporativa malaya y un defensor de las políticas del Fondo Monetario Internacional, al que le gustaba realzar sus credenciales liberal-internacionalistas haciendo hincapié en su afición por Elvis. Los líderes del AKP muestran una similar proclividad a demostrar su familiaridad con las costumbres occidentales. Recientemente, tras un discurso muy bien acogido en Oxford sobre las virtudes democráticas del AKP, el asesor de Erdoğan, Egemen Bağış, alzó su copa ante la congregación de académicos: «Ya lo ven, ¡bebo vino!». El sentido estaba claro: islam moderado, tal como a ustedes les gusta.

Pero el vino del islam moderado se ha agriado en Turquía. Un punto de inflexión fue el asesinato del periodista turco-armenio Hrant Dink, el 19 de enero de 2007. Dink había sido acusado varias veces de «insultar la esencia turca», algo que, según el Código Penal, es un delito. Erdoğan y sus consejeros suelen quejarse ante sus supervisores estadounidenses de que las fuerzas militares y estatales, retrógradas y kemalistas, retrasan sus intentos de democratizar esa reliquia de Constitución de 1982, pergeñada por la dictadura militar de aquel momento. Pero la revisión que hizo el AKP de la Constitución en junio de 2005, si algo consiguió, fue empeorarla. El artículo 159 de la Constitución de 1982 establecía que los juicios por «insultar la esencia turca» tenían que ser autorizados por el ministro de Justicia. El nuevo artículo 310, en la reescritura de Erdoğan, suprimía este requerimiento y abría así la puerta para que los ultranacionalistas presionaran a los fiscales de manera individual para que presentaran car-

gos por este delito «aún indefinido» contra quienes ellos quisieran. En su momento, el gobierno del AKP dijo a los críticos del artículo 301 que «esperaran a ver cómo se aplicaba». Se aplicó de forma muy concreta con el asesino de Dink, que declaró a la policía: «Lo maté porque insultó la esencia turca», el texto literal del artículo 301. Dink fue asesinado, de hecho, porque defendía el diálogo entre los turcos y los armenios, y porque apuntaba que los armenios habían vivido en Anatolia. Se convocó una protesta masiva en respuesta a su asesinato: cien mil manifestantes cantaron «Todos somos Hrant, todos somos armenios». El eslogan tocó uno de los nervios más sensibles del nacionalismo turco y los creadores de opinión del sistema lanzaron rápidamente un contra eslogan: «¡Todos somos turcos!». El efecto era escalofriante, equivalía al perdón por la muerte de Dink.

Durante los meses siguientes, la fiebre de la caza de brujas aumentó. Se produjo una escaramuza de salón entre el AKP y la oposición kemalista a propósito de la elección del siguiente candidato presidencial, una elección que, técnicamente, hace la Asamblea Nacional. La oficina del presidente se consideraba el último bastión del sistema «laicista» y el AKP estaba a punto de conquistarla. El ejército, un actor político muy poderoso en Turquía, manifestó su desaprobación. Erdoğan adelantó las elecciones a julio de 2007. Los nacionalistas movilaron una serie de «encuentros en torno a la bandera» durante la campaña electoral, dirigidos contra el candidato del AKP, Abdullah Gül, que era un hombre de la OTAN tanto como ellos. Por un momento, parecía que las banderas turcas en las calles fueran un símbolo de laicismo tanto como de nacionalismo. Pero cuando empezaron a llegar ataúdes desde el sureste, conteniendo soldados muertos por el PKK, el movimiento separatista kurdo, las manifestaciones alcanzaron un tono jingoísta. Jovenzuelos paletos empezaron a llenar las calles, reprendiendo a todo aquel que no tuviera una bandera colgada en el balcón. En este punto, los laicistas y liberales de clase media empezaron a abandonar el escenario. Los distritos kurdos de Estambul estuvieron a punto de estallar una noche de mayo en la que unos jóvenes se agruparon frente a los edificios y provocaron a los kurdos para que salieran.

La atmósfera de ultranacionalismo preparó el ambiente político para la mayor campaña militar nunca vista contra el PKK. Claramente, la decisión se había tomado antes de que empezaran las manifestaciones, y los medios de comunicación del régimen estaban detrás de ella. Cuando empezó la guerra, los telediaros adoptaron inmediatamente el personaje de la Fox durante la invasión de Iraq. «Nosotros» era el sujeto, «limpiar» era el verbo y el objetivo siempre «ellos», como si no vivieran kurdos en Turquía, como si los militantes del PKK que se enfrentaban a las bombas y a la artillería no tuvieran parientes en las zonas kurdas de Turquía. Pero, ¿quién se atrevía a cuestionar este discurso cuando las calles estaban sembradas de banderas y las pandillas nacionalistas estaban siendo «legitimadas» por los medios?

Las cosas se pusieron más feas cuando una pareja de estudiantes de instituto se seccionaron los dedos y pintaron con su sangre una bandera tur-

ca. La enmarcaron y se la mandaron al jefe del Estado Mayor. Los periodistas estaban a mano para ser testigos del llanto del general mientras recibía el «correo sangriento» y desplegabla la sagrada bandera. *Tercüman*, un periódico nacionalista conservador, publicó una fotografía en color de la bandera pintada con la sangre de los niños, así que la sangre se multiplicaba a medida que subía la tirada del periódico. Cuando escribí un artículo criticando esto en *Milliyet*, imprimieron mi foto bajo el titular: «Ella ha insultado a nuestra bandera». Y, ante todo esto, ¿cuál era la actitud de la «fuerza democratizadora» de Turquía? El primer ministro Erdoğan se subió al tren de la banda, y cubrió los tabloneros de anuncios del AKP con el eslogan «Una nación, una bandera». En las elecciones de julio de 2007, el AKP ganó con el 47 por 100 de los votos, lo que, en el distorsionado sistema de representación de Turquía, se tradujo en el 62 por 100 de los escaños de la Asamblea Nacional. Una clara mayoría, pero no los dos tercios necesarios para hacer cambios constitucionales como los que habían hecho en el primer mandato. Para superar la oposición al nuevo borrador de Constitución (con la cláusula que permitía a las estudiantes ir a la universidad con el velo), el AKP aceptó la oferta de una alianza parlamentaria con el ultranacionalista MHP (Partido de Acción Nacionalista). El *quid pro quo* del MHP estaba claro: el gobierno de Erdoğan abriantaba su piedad liberando el velo, pero, a la vez, conservaba el artículo 301, ligeramente modificado para criminalizar «los insultos a la nación turca», e intensificaba la campaña militar contra los kurdos.

La nueva alianza trajo recuerdos del golpe de Estado de 1980, que produjo simultáneamente el ultranacionalismo y el islamismo, a la vez que diezmó a la muy extensa y militante izquierda turca. Entre 1980 y 1983, 30.000 personas fueron despojadas de su ciudadanía, otras 30.000 huyeron del país, 458 murieron torturadas, 50 fueron ejecutadas y un número indeterminado desapareció. Una generación de hombres y mujeres progresistas fue destruida. Los únicos partidos permitidos por la dictadura fueron los islamistas y los ultranacionalistas. Veinticinco años después, sus herederos renuevan su alianza y trabajan juntos para modificar la Constitución de la Junta. Bajo el nuevo borrador, prohibir partidos políticos será tan sencillo como lo era bajo el antiguo. La clase de Religión seguirá siendo obligatoria en las escuelas e institutos. En deferencia a los requisitos del libre mercado, se ha borrado una cláusula inocua sobre el derecho a vivir en un ambiente sano. La libertad de asociación para los funcionarios aún está limitada y se les niega el derecho a la huelga. La alianza nacionalista islamista mantiene un prudente silencio sobre el artículo 15, que garantiza la inmunidad a los generales golpistas. Cuando se le presiona para que se pronuncie respecto a este asunto, Ergun Özbudun, designado por el AKP director del Comité de Redacción de la Constitución, anuncia que el AKP abolirá el artículo 15: «Pero eso no quiere decir que exijamos responsabilidades por el golpe. Aunque se hayan cometido algunos crímenes, éstos han prescrito».

Al igual que el kemalista CHP (Partido Republicano del Pueblo), Erdoğan prefirió centrar la atención en el asunto del velo, reiterando: «El AKP es la

única esperanza para nuestras mujeres oprimidas después de años de dolor». (De hecho, no había una ley escrita que impidiera que las mujeres llevaran el velo en edificios públicos; en realidad, lo que sí existía desde finales de la década de 1990 era una serie de decisiones judiciales que contribuyeron a hacer un «caso» legal de esta cuestión). Erdoğan se ha especializado en este discurso del sufrimiento —la «opresión de los musulmanes por la élite del régimen»— desde el principio de su carrera política. Toma prestado el discurso anticolonialista de los movimientos islamistas en Egipto o Argelia, creando «colonialismos imaginarios» en Turquía, que nunca ha sido colonizada. A Erdoğan le gusta hablar de «ellos» oprimiendo «al pueblo», sin dejar muy claro quiénes son «ellos». La obsesión con el pañuelo consiguió desalojar otros asuntos: médicos que protestaban por la privatización del sistema de la Seguridad Social; profesores que demandaban un salario lo bastante alto como para alimentar a sus familias; kurdos que pedían representación en la esfera política legítima; alevíes (una secta progresista del islam, definida habitualmente como desviada por la mayoría suní) que pedían reconocimiento por parte del Estado; mujeres que se quejaban del creciente conservadurismo en Turquía. En lugar de todo esto, las televisiones y los periódicos se dedicaron al velo.

Lo más destacable de las discusiones públicas sobre el tema fue, no obstante, que todo el mundo tenía algo que decir excepto las propias mujeres con velo. Sólo los hombres del AKP (y las mujeres parlamentarias a cabeza descubierta) podían hablar. Más que liberador, el ambiente político era humillante para las mujeres que llevaban velo, que tenían que escuchar a los hombres del partido discutir cómo deberían cubrirse la cabeza; incluso apuntaron la idea de incluir una fotografía de moda en la Constitución para mostrar el estilo adecuado. Chador, no, eso sería ir demasiado lejos. Querían la versión moderna, disponible en Versace y Gucci. Una foto de Sofia Loren luciendo un «velo occidental» circuló para su aprobación. Finalmente, el 9 de febrero de 2008, una enmienda formulada con imprecisión que afirmaba que «no se le puede impedir a nadie el emprender una educación universitaria» fue aprobada en la Asamblea Nacional por la alianza AKP-MHP, 411 votos contra 103. Supuestamente, habían terminado los sufrimientos de la mujer turca. En ese momento, 600 mujeres portadoras de velo, la mayoría de ellas escritoras, periodistas e intelectuales, sacaron una declaración diciendo que no irían felizmente a la universidad con sus velos, «a menos que...» y seguía una lista de las reformas necesarias para la democratización de Turquía. La declaración no se publicó en los periódicos que habían estado defendiendo el libre uso del velo. El AKP aparentemente no quería oír hablar de mujeres que criticaran la línea del partido a pesar de sus cabezas cubiertas.

Mientras tanto, el CHP, «laicista» y crítico con la reforma del velo, evitaba tenazmente sacar la cuestión de las escuelas islámicas financiadas por el Estado. Estas *imam hatıps* han sido las mayores proveedoras de conservadurismo islámico en Turquía desde la década de 1980, proporcionando una educación coránica tanto a chicas como a chicos, así como una can-

tera segura de dirigentes islámicos. Pero los laicistas turcos –ya sea porque ellos mismos están demasiado islamizados, ya porque tienen miedo de perder popularidad entre el electorado musulmán al sugerir un cambio tan «radical»– no han tenido valor siquiera para sacar el tema, no digamos ya para cerrar las escuelas. Era mucho más fácil limitarse al velo. El CHP cursó con diligencia un recurso contra la enmienda del velo en el Tribunal Constitucional, mientras que un fiscal superior pedía que el AKP fuera prohibido por sus «actividades antilaicistas».

La política de «*buffet* libre» del AKP, aderezada con licor gratis para los nacionalistas de la línea dura, había sido ensayada previamente no sólo con los liberales sino también con los kurdos. Cuando el líder del PKK, Abdullah Öcalan, fue encarcelado en 1999, su organización pasó de pedir la independencia a usar términos más diplomáticos como «derechos culturales», «ciudadanía constitucional» y «representación política legal». Ese discurso no parecía lo bastante apasionado para la política kurda: «¿Cómo se transforma “derechos constitucionales” en un eslogan? Además, el AKP estaba prometiendo lo mismo, o incluso más, que el DTP, la última encarnación de la tradición política kurda en el sureste de Turquía. Los votantes kurdos criticaban abiertamente la ineficacia de los alcaldes del DTP que gobernaban sus municipios. El eslogan electoral de Erdoğan para la región era «Vota por tu lengua o vota por tu religión», lo que en el caso kurdo se traduce como «vota DTP o vota AKP». El AKP tuvo muy buenos resultados, no sólo gracias a esa política de *buffet* libre, sino también a las organizaciones apoyadas por el AKP que proporcionaban ayuda alimenticia aderezada con salsa islámica. Los diputados kurdos del AKP rezaban en kurdo con los votantes y, durante el Ramadán, hubo carpas con comida. Esto no es irrelevante en el sureste de Turquía, donde mucha gente pasa hambre. Las declaraciones de Erdoğan diciendo que los kurdos eran «hermanos musulmanes» y su ofrecimiento de comida gratis iban acompañadas de la promesa de enviar 1.200 inversores y hombres de negocios islámicos a Diyarbakir, donde la tasa de desempleo era altísima.

Pero si los kurdos se tragaron el anzuelo y votaron a Erdoğan, ahora ya pueden ver la otra cara del AKP. El gobierno de Erdoğan ha estado bombardeando y minando las aldeas kurdas del sureste de Turquía y del otro lado de la frontera iraquí, sometiéndolas al discurso de Bush: «Estáis con nosotros o con los terroristas». El resultado inevitable de la guerra de Erdoğan han sido los ataúdes de soldados turcos que llegan desde el frente a Ankara o Estambul y que sólo sirven como combustible para la subida del nacionalismo y del conservadurismo religioso. Sirva como muestra del extremismo en el que se había sumido el país el momento en que la versión turca de Operación Triunfo fue interrumpida por el arrebato de un miembro del jurado, la diva transexual Bülent Ersoy, que hasta entonces nunca se había mezclado en política: «Si tuviera un hijo, no lo mandaría a esta guerra. Ésta no es nuestra guerra. Es la guerra de otros». Cuando otros miembros del jurado trataron de intervenir, protestó: «¡Dejaos de chorradas! ¡Son sólo clichés y propaganda bélica!». En ese momento, el

público de Operación Triunfo, supuestamente formado por turcos corrientes, nacionalistas, aplaudió enloquecido.

Hagamos, entonces, un recuento: ¿quiénes quedan de los que pensaron que el AKP era una «fuerza democratizadora» en Turquía? Los liberales se apearon del tren tras la muerte de Hrank y apenas desempeñaron un papel en la preparación de la nueva Constitución turca; estaban desorientados también por el hecho de que el proceso de integración de la Unión Europea se quedaba fuera de la agenda del partido. Las mujeres abandonaron el escenario tras el asunto del pañuelo. Los socialistas y los socialdemócratas ya habían desaparecido tras el agresivo programa de privatizaciones del AKP. Y si incluimos al público de Operación Triunfo, nos quedamos únicamente con los que entienden la democracia turca como una especie de «corporativismo islamista», un poco como Dubai; algo que probablemente sólo disfrutarían Richard, Recep, Anwar y sus amigos.

Cada vez es más difícil decir quién es más autoritario, si el AKP o los nacionalistas. En cuanto nos posicionamos contra uno, se nos obliga a protestar contra el otro: primero el asesinato de Dink, después los desfiles con banderas, después la campaña militar del AKP contra los kurdos. La línea dura ha acusado a la diva por el artículo 301. El Primero de Mayo de 2008, el democratizador AKP lanzó contra los manifestantes de los sindicatos a los antidisturbios, quienes invadieron un hospital para echar de allí a los manifestantes heridos y gasear en el proceso a los pacientes, un incidente que pasó desapercibido a los partidarios de Erdoğan en la prensa económica occidental. Entonces, el 6 de junio de 2008, el Tribunal Constitucional decidió por nueve votos contra dos que la enmienda del velo era «antilaicista» y, por lo tanto, inconstitucional, abriendo así el camino para, a lo largo de este mismo año, hacer ese mismo descubrimiento en contra del propio AKP. La lógica dicta una creciente escalada del autoritarismo y del nacionalismo en cada bando, y debemos oponernos a ambas cosas.